Revista Hispánica

AÑO 1º
MADRID
DIRECTOR
FERNANDO PONTES

30 cents

ARTISTAS ESPAÑOLAS
Carmen de León

© Biblioteca Nacional de España

Regalos por cupones

Deseosos de conceder a los favorecedores de *Revista Hispánica* todos los beneficios posibles, hemos establecido un **sorteo de regalos**, en las condiciones siguientes:

1.ª Se sortearán **32 premios** entre los compradores y subscriptores de *Revista Hispánica*. La adjudicación de los premios se hará por los números premiados en el primer sorteo de la Loteria Nacional que se verifique en el próximo mes de Julio.

2.ª Los compradores y subscriptores de *Revista Hispánica* deberán presentar en los días de Junio próximo que designemos, 6 de los cupones que publicaremos en nuestros números de 1.º, 10 y 20 de Mayo, y en los de 1.º 10 y 20 de Junio de 1918. Cada seis cupones serán canjeados por seis números correspondientes a los que entren en el sorteo indicado de la Lotería.

3.ª Los subscriptores, recibirán también seis números a cambio de sus seis cupones, y además otros cuatro presentando su recibo de subscripción por un trimestre a **Revista Hispánica.**

4.ª Los premios serán los siguientes:

Dos primeros premios consistentes cada uno en un juego de cama; compuesto de sábana, almohadón y dos cuadrantes.

Estos dos premios se adjudicarán al número superior en una unidad y al inferior en una unidad al premio mayor del citado sorteo de la Loteria Nacional.

Es decir, que si dicho premio mayor es, por ejemplo, el 6.785, los números que obtendrán nuestros dos primeros premios, serán el 6.784 y el 6.786.

Dos segundos premios, consistentes en **dos preciosas blusas de seda, bordadas**, para señora. Serán adjudicadas a los números anterior y posterior al premio segundo del citado sorteo de la Loteria.

Cuatro terceros premios, consistentes en **cuatro preciosas mantelerías para seis cubiertos**, que se adjunicarán a los dos números imediatamente anteriores y a los inmediatamente posteriores al agraciado en la misma Loteria en el tercer premio.

Y **veinticuatro sextos premios**, que consistiran en **preciosas blusas de vuela**, que se adjudicarán a los números inmediatamente anterior y posterior a cada uno de los doce que resulten premiados con 1.500 pesetas en el indicado sorteo de la Lotería Nacional.

* * *

Todos los premios son confeccionados por la acreditada Casa Galvan, de Madrid, plaza de Santo Domingo.

A los poseedores de bonos de nuestro concurso de regalos

Una vez publicadas las listas oficiales del sorteo de la Lotería Nacional del 1.º de Julio del corriente año, los poseedores de nuestros bonos en que figuren números premiados con arreglo a las bases de nuestro concurso, podrán presentarse en esta administración, con objeto de recibir sus premios.

La Administración.

«REVISTA HISPANICA»

SE PUBLICA TRES VECES AL MES

Toda la correspondencia deberá dirigirse a la calle del

Cardenal Cisneros, 47. Madrid

Teléfono, J. 923

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

ESPAÑA		EXTRANJERO	
Tres meses	2.50 ptas.		
Seis meses	4,75 »	Seis meses	9,50 ptas.
Un año	9,00 »	Un año	18,00 »

Las susbcripciones y anuncios se reciben en la Administración del periódico, CARDENAL CISNEROS 47, y en la «CASA VIUDA DE PONTES», CARMEN, 6 y 8.—Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

NUESTRO SERVICIO DE PATRONES A LA MEDIDA

Con rapidez y esmero entregaremos a nuestras subscriptoras y lectoras los patrones que nos encarguen, previo el pago de su importe. **Las no subscriptoras,** deberán presentar el ejemplar de **REVISTA HISPÁNICA** en que figure el modelo cuyo patrón desean, al hacernos el encargo.

Las subscriptoras recibirán, en el momento de abonar el importe de la subscripción, una hoja conteniendo *diez vales por cada mes* porque se subscriban.

Las subscriptoras deberán acompañar, (por correo las de provincias), uno de estos vales, acompañado del importe del patrón, según nuestra tarifa, por cada uno de los patrones que encarguen a **REVISTA HISPÁNICA.**

Los encargos de patrones **se recibirán** en la Administración de **REVISTA HISPÁNICA, Cardenal Cisneros, 47,** y en la **Casa "Viuda de Pontes", Carmen, 6 y 8.—Madrid.**

A las medidas que hay que tomar para los patrones y que se indican en la penúltima página, debe añadirse las siguientes:

Largo de talle desde el hombro por delante.

Largo de talle desde es escote por la espalda.

Para abrigos y levitas

Todas las medidas del cuerpo, y además el largo total de la prenda desde el hombro tomada por delante.

Patrón prima a las subscriptoras por un semestre

Regalamos un patrón a medida a las suscriptoras de se mestre, a elegir entre todos los números publicados durante su suscripción.

NO DÉ V. MAS VUELTAS A SU CABEZA

El mejor dentífrico del mundo y preferido por las personas de gusto es el

Licor del Polo

PRECIO 1,50 PESETAS

MEDIO SIGLO DE ÉXITO

¡¡ *Españoles: no dejarse sorprender por dentífricos extranjeros* !!

"Diabanol Llopis,,

CURACION DE LA DIABETES

Reuma, catarros, cálculos, neurastenia, etc.

Termas Pallerés

(SOCIEDAD ANONIMA)

GRAN CASINO-TEATRO

ALHAMA DE ARAGÓN

Informes: Bolsa, 2 (antigua Bolsa), teléfono 1769

Las casas de préstamos en Nueva York

Las casas de préstamos están sometidas en Nueva York a un reglamento, bajo las siguientes condiciones.

El interés es de 3 por ciento mensual durante los seis primeros meses, y del 2 por ciento durante cada uno de los meses siguientes, cuando el préstamo no pasa de cien duros. Cuando excede de esta cantidad, las cifras de interés quedan reducidas respectivamente a 2 y 1 por ciento.

Pasado un año de la operación, las prendas son subastadas públicamente por un subastador oficial, previo anuncio durante seis días por lo menos en dos periódicos designados por la autoridad.

Los prestamistas pagan por su licencia 500 duros anuales, y están bajo la inspección de las autoridades, así como los libros en que asienten sus operaciones.

SOCIEDAD ANÓNIMA
DE OMNIBUS DE MADRID

SERVICIO DE OMNIBUS Y BERLINAS

Para las estaciones de Atocha y Delicias, deben hacerse los pedidos en el Despacho Central de la calle de Alcalá, número 12.—Teléfono M. 103.

Para la estación del Principe Pío (Norte), en el Despacho Central de la calle Mayor, núm. 32.—Teléfono 12 M.

OFICINAS CENTRALES,
PASEO DE LOS PONTONES 2
TELÉFONO M-808

Ruiz Hermanos, Editores

Plaza de Santa Ana, 13.-Madrid.

CLÁSICOS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Publícalos Adolfo Bonilla y San Martín.
Colección de lindísimos tomos en 16.°

1.—*La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades,* con dos fotograbados.
2.—*No hay mal que por bien no venga Don Domingo de Don Blas.* comedio famosa de D. Juan Ruiz de Alarcón. Con el retrato del autor,
3.—*Peribañez y el Comendador de Ocaña,* tragicomedia famosa de Lope Félix de Vega Carpio. Con el retrato del autor.
4.—*El Trovador,* drama caballeresco, en cinco jornales, en prosa y verso. Su autor, D. Antonio García Gutiérrez. Con el retrato del autor.
5.—*La villana de Vallecas,* comedia famosa del maestro Tirso de Molina. Con el retrato del autor.
6.—*La historia de los dos enamorados Flores y Blancaflor.* Con una reproducción de la portada de la edición gótica del siglo XVI.
7.—*La perfecta casada,* pos el mastro Fray Luis de León. Con el retrato del autor.
8.—*Sancho García,* composición trágica, en actos, por José Zorrilla. Con el retrato del autor.
9.—*Registro de representantes,* por Lope de Rueda y otros.
10.—*Antología de los poetas de los siglos XIII al XV.*
11.—*Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII.*
12.—*Parnaso español de los siglos XVIII y XIX.*
Cada tomo, encuadernado en tela, 1,50 pesetas.

En nuestras columnas daremos cuenta de todas las obras de que se nos remita un ejemplar.

© Biblioteca Nacional de España

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
—
ESPAÑA
Tres meses..... 2,50 ptas.
Seis meses..... 4,75 "
Un año..... 9,00 "

Revista Hispánica

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
—
EXTRANJERO
Seis meses..... 9,50 ptas.
Un año..... 18,00 "

AÑO I NÚM. 9 1.º JULIO - 1918

SE PUBLICA EL 1.º, 10 Y 20 DE CACA MES
Director: Fernando Pontes
Redacción y Administración, Cardenal Cisneros, 47
MADRID

Décadas

Los periódicos madrileños han dado cuenta en estos días de una carta dirigida al alcalde por la Sociedad de Ciegos,

En ella se solicita que se consienta a los ciegos dedicarse a la mendicidad por las calles. Esta singular petición tiene que causar asombro y extrañeza a toda persona dotada de mediano criterio.

Podría aceptarse, y aun aplaudirse, la petición a las autoridades de los medios necesarios para retirar de las calles a los ciegos mendigos, evitándoles así la vergüenza de la mendicidad callejera, pero tiene que despertar sentimientos muy diferentes la pretensión del presidente de la Sociedad de Ciegos.

Corren por Madrid, y nos sentimos inclinados a creerlas, las historias de algunos de esos mendigos ciegos que todos conocemos por verlos constantemente por las calles excitando la caridad pública para explotarla, y según aquellas historias, algunos de esos desgraciados se han negado a ser retirados de la vía pública y a recibir de sus familias pensiones que les permitieran vivir decorosamente, alegando que la mendicidad les producía mucho más que lo que aquellas les ofrecían. Saque el público *pagano* las consecuencias.

* * *

Parece que los fiscales del Supremo creen que se debe evitar que los periódicos publiquen esas vibrantes informaciones en que amplifican y popularizan los más repugnantes detalles de los crímenes. Cuanto más brutal, más cruel e indecoroso es uno de esos lamentables sucesos, mayor es el júbilo y el encarnizamiento con que se comenta, se discute y se detalla en las columnas de la mayoría de los periódicos.

Y si a lo escandaloso del crimen se une el nombre de alguna familia conocida, si hay sentimientos respetables que herir, ocasión de violar secretos íntimos de familia, entonces se prescinde de toda clase de escrúpulos, y se lanzan los restos de un hogar y las desdichas de la vida privada al arroyo, para pasto y regocijo de maldicientes y chismosos.

Los fiscales del Supremo tienen razón, como la tienen cuantos creen necesaria una ley que castigue a los calumniadores, hoy libres en absoluto para ejercer en España su *industria*.

* * *

El alcalde, nuestro buen alcalde el Sr. Silvela, ha hecho una de las cosas que no dejan de hacer nunca los malos alcaldes.

El Sr. Silvela ha publicado un bando, ante el cual se agrupaban estos días los madrileños.

En el citado bando se prohibe una porción de cosas y se ordena otras tantas.

Lo que se prohibe, está bien prohibido, y lo que se ordena, bien ordenado. Pero ¿con qué medios cuenta el alcalde de Madrid para hacer cumplir su bando? ¿Hay guardias en Madrid? ¿tienen autoridad para ser obedecidos? Se puede responder a ambas preguntas con un *no* rotundo.

El Sr. Silvela ha caído en la misma vulgaridad pueril en que cayeron todos los malos alcaldes que hemos padecido. El Sr. Silvela verá desobedecidas sus ordenes, y por ese camino, Sr. Silvela, se vá al descrédito y a la pérdida de la propia autoridad.

El bando del Sr. Silvela está condenado a fracasar entre la hostilidad y la ineducación del pueblo por una parte y la falta de medios coercitivos por otra; y este fracaso tendrá que apuntarse en el debe del Sr. Silvela, que por su altura y por su inteligencia está obligado a no mandar sino aquello que pueda hacer cumplir; volveremos aquí a repetir el *refrán municipal* que dice: *A mal alcalde, muchos bandos, y todos incumplidos.*

* * *

A la Compañía de los ferrocarriles del Norte le sucede lo mismo que a ciertas mujeres, que procuran que siempre se esté hablando de ellas...; hablando mal, por supuesto.

Pasado el período en que las huelgas se repetían con gran frecuencia, vino la época del desbarajuste en los horarios; los trenes del Norte llegaban cuando y como podían. a pesar de las continuas protestas del público.

Hubo después una complicación que consistía en uno o dos descarrilamientos diarios, con pérdida de vidas. Aquí la novedad consistía en que los muertos no protestaban, lo cual siempre era ventajoso para la Compañía.

Ahora parece que la susodicha Compañía ha dado con el medio de disgustar de nuevo a los ferroviarios con su injusta tacañería. Es natural; va a empezar el tráfico de viajeros propio del verano, y lo lógico es procurarse algún nuevo conflicto que impida a los veraneantes embarcarse con tranquilidad en los trenes del Norte. Todo esto ocasiona nuestra protesta, con permiso de los prebendados consejeros de la Compañía.

* * *

PARA EL SR. ALCALDE.—Sr. Silvela: Con el mayor respeto nos permitimos preguntarle:

¿Hasta cuándo los cobradores de los tranvías seguirán dando los billetes mojados con su saliva? ¿Hasta cuándo iran en las plataformas posteriores esos sucios y molestos sacos de arena? ¿Hasta cuándo se dará tormento a los que viajan en las jardineras, con esos pitos de agudo e insoportable sonido que se usan para dar las señales de parada y arranque?

© Biblioteca Nacional de España

El compañero de las gafas negras

Los primeros días del curso, sobrecogidos por el imponente aspecto del profesor, sólo se oía en clase la voz magnífica de barítono con la que difundía la ciencia diluida en sus explicaciones.

Porque Don Adolfo Manjarrés, baturro de nacimiento y filósofo de profesión, era el encargado de barrenar, metafóricamente, nuestros cerebros casi infantiles, para imbuirnos los secretos sublimes laberínticos de la Metafísica.

Gigantesco de estatura, barbado a lo capuchinesco, ceñido siempre por irreprochable levita que dejaba entrever un rameado sedoso chaleco, al que daba prestigio la magnífica leontina, dragón del opulento reloj, cuando autoritariamente se levantaba del sillón, para, una vez en pie, apoyar las garras de oso que tenía por manos en la barandilla del estrado sobre el cual se levantaba la cátedra, un escalofrío de convencimiento indiscutible aleteaba en el aula, impulsando a los alumnos a que asintiesen, manifestando su fervor pedagógico con fieras cabezadas y murmullos de aprobación.

Pero Don Adolfo Manjarrés, contradiciendo el exterior hosco, era la bondad encarnada casualmente en un catedrático, y al cabo de un mes, ni un día más ni un día menos, acostumbrados a lo teatral de su figura, desvanecida un poco la admiración por las intrincadas elucubraciones que por acuerdo unánime admirable, decidimos no aprender, y animados por la jovialidad con que intercalaba en la más seria disertación chascarrillos regocijantes del folk-lore de su tierra, desapareció en absoluto el miedo, y la clase se convirtió en un espectáculo ameno, que nos resarcía con creces del tedio insufrible de las otras dos asignaturas que completaban el terceto del *preparatorio*.

Ya en plena confianza, en un rincón se jugaba pacíficamente al tute; en otro, el *monte* con *posturas* máximas de diez céntimos, garbeaba jactancioso su prosapia canallesca; allá, un poeta, contagiado de la fiebre modernista, reinante a la sazón en literatura, componía sonetos de trece versos y de veintisiete sílabas; acullá, otro poeta, más vulgar, enjaretaba escenas truculentas de populachero melodrama, salpimentadas con formidables chistes, esmeraldinos de puro verdes; aquí se leían periódicos, inocentes y de los otros; allí se charlaba de novias y lances donjuanescos; éste, *empollaba* lecciones; aquel, grababa en la madera del banco el nombre de la modista por quien suspiraba; esotro, vendía casi regalada una papeleta de empeño; un grupo discutía de toros; un corrillo charlaba de teatros; quien, concertaba para la salida un partido monstruo a carambolas; en fin, todos, general y particularmente, hacían su santísima voluntad, excepto el campanudo señor Manjarrés que, impertérrito, explicaba concienzudamente, mezclando con probidad acrisolada cuentecillos, refranes, chistes y recuerdos gratos de su querida Universidad de Zaragoza, donde estudiara en sus años mozos, y los seres inanimados, tales como bancos, mesas, tinteros, estrado, puertas y paredes, los cuales, honrada y escrupulosamente, cumplían a la perfección su pasivo cometido, no siendo lícito olvidar en la enumeración de los muebles al viejo bedel, todo asma y galones, cuya persona, indefectible, en el momento propicio, gorra en mano y haciendo gentilísima reverencia digna de empingorotado minué, daba la *hora*.

En esta especie de paraíso universitario, solamente perturbado de tarde en tarde por alguno o algunos maullidos leves, rebuznos apagados, *golpes* de codorniz ténues, o rugidos suaves de león en celo, gritos selváticos emitidos por un alumno especialista en armonía imitativa, cuyas estridencias, al llegar contadas veces a oídos de Manjarrés, eran calificadas por él de *manifestaciones zoológicas*, la única inquietud, capaz de producir pavor, era la puntualidad en la asistencia.

Manjarrés, sabido fué por sus discípulos, lo perdonaba todo; su tolerancia elástica se alongaba incluso a aprobar sin vacilación cobarde aunque no se supiera Metafísica, al llegar el consabido mes de mayo; mas se mostraba inflexible con las faltas. Diariamente, a las nueve en punto de la mañana, con paciencia y tozudez aragonesa, pasaba lista, llamando desde el primero al último, sin mostrar enojo ni fatiga con tan pesado ejercio; al que no estaba en clase, matemáticamente le ponía al margen de su nombre una fatídica crucecita, y cuando, por llegar a diez, el renglón correspondiente se convertía en un minúsculo cementerio, una línea sinuosa, serpeando sobre los apellidos, transformaba en cadáver oficial al indisciplinado, quedando su resurrección aplazada hasta el curso siguiente, sin que las influencias de más campanillas sirviesen para una pronta e inmediata rehabilitación.

Entre los abogados en embrión, hallábase Luis Pérez, hijo de un rico y grasoso hacendado manchego, a quien su padre envió a la Corte con la noble idea de que en la familia, toda compuesta de labradores y cosecheros, hubiese un hombre de carrera. Decidido Pérez a pasar los seis años necesarios para licenciarse, de la mejor manera posible, y temeroso al mismo tiempo, si llevaba las clásicas calabazas por no asistir exacto, de quedar recluido a perpetuidad en su pueblo, privando a su progenitor de la pueril satisfacción de mostrarse munífico enviándole con toda puntualidad la seiscientas pesetas mensuales asignadas para sus gastos, discurrió con portentoso ingenio el modo fácil de obviar la pequeña incompatibilidad que resultaba entre sus correrías nocturnas y el madrugar seis días a la semana.

Para ello, sin tener mal la vista ni serle preciso, compró unas estupendas gafas negrísimas, tamañas como ruedas de carro, tras de las cuales, sus ojos fatigados por el forzado insomnio, hallaban seguro refugio, puerto de salvadoras siestecillas, y al mismo tiempo encargó al compañero que a su lado tomaba asiento, que siempre que Manjarrés le solicitase para dar la lección, mediante un enérgico puñetazo aplicado a donde tuviese por conveniente, le volviera a la realidad del mundo de los despiertos. Además, las gafas desempeñaban la no menos importante finalidad de poder impunemente leer el libro de texto, sin que la oblícua dirección de las pupilas delatase el engaño, cuando llegaba el apurado trance de lucir en público sus conocimientos en la materia objeto de la pregunta.

Diversas veces, con asombroso resultado, se puso de manifiesto la agudeza de la peregrina invención, no dejando nunca de representar a maravilla su papel el golpeador, que aparte de saborear la interna satisfación de aporrear a mansalva al prójimo, sin peligro ninguno, disfrutaba, en virtud de solemne contrato ratificado firmemente en presencia de testigos, dos reales sufragados por la víctima en calidad de dietas, cada vez que entraba en funciones, con objeto de avisarle en su vigilante oficio.

Llegó el día famoso. Manjarrés iba a dilucidar con argumentos irrebatibles la importantísima cuestión de si los animales poseen alma o no.

Todo el ardor y el entusiamo profundos de sus convicciones, emergían a raudales en contínuos chorros de elocuencia, demostrando de manera apabullante las características diferenciales entre el alma y el instinto, acompañando la perorata con formidables trastazos sobre la paciente mesa. Manjarrés estaba apoteósico. Para desvanecer dudas descendía a lo tangible:

—...Porque, señores, si cogemos un burro...

—¡Servidor!

Pérez el engafado, se había puesto en pie instantáneamente, sirviendo de vivo ejemplo.

Ante tan rotunda contestación cesaron los acostumbrados juegos, suspendiéronse los poetas, y terminaron las conversaciones. Manjarrés miraba estupefacto a los alumnos; los alumnos contemplaban atónitos y espantados a Pérez; y éste, aguardaba sereno, mientras el bataneador asalariado, autor de la broma por haberle propinado un puñetazo extemporáneo de los más contundentes de su repertorio, reía desaforadamente.

Manjarrés, sin encontrarle explicación lógica al insólito suceso, acariciándose la barba con la diestra, mientras su otra mano jugueteaba con la leontina, síntomas evidentes de perplejidad, comentó lo inaudito del caso con uno de sus refranes favoritos:

—¡No es malo el sastre que conoce el paño!

FEDERICO RUIZ MORCUENDE

Junio 1918.

© Biblioteca Nacional de España

Blusa de muselina

Matiné de vuelo

Blusa crespón de seda

RECETAS PRACTICAS

Chuletas guisadas.—Para que las chuletas estén tiernas es necesario dejar manir el trozo de carne de donde se han de sacar, y quitarle despues el hueso grande de la extremidad, la piel, los tendones y aun la gordura, si se quiere, pues hay personas a quienes gusta mucho; se aplastan con una paleta o plancha de hierro o madera, y con un cuchillo se las redondea, limpiándolas el hueso o costilla de la carne muscular, y dejando sólo el cabo de la misma desnudo para poderla agarrar fácilmente. Así preparadas, se asan sobre las parrillas un poco, y luego se guisan en cazuela con manteca o aceite, según agrade y convenga, o bien se las deja sobre las parrillas para que lleguen a su verdadero punto de cocimiento y poderlas presentar en la mesa.

Chuletas de carnero con salsa de tomates.—Despues de preparadas y asadas, segun se ha dicho anteriomente, se colocan en una fuente, poniendo en cada intérvalo tostadas de pan frito, y luego se rocian con una salsa de tomate pasada por el tamiz.

Chuletas caseras.—Se preparan y se rehogan en cazuela o cacerola, con manteca fresca o aceite, un poco de caldo, después se cubren y se dejan cocer lentamente después de sazonadas. Cuando están cocidas se sacan; el caldo se desengrasa y se mezcla con un poco de harina tostada, y después dado un hervor para que espese, se empapan en él las chuletas, y se sirven.

Chuletas con vino.—Se guisan con vino de Jerez, Málaga, etc., e igual cantidad de caldo, se sazonan, y cuando estén cocidas se sacan de la cazuela o cacerola, se colocan en una fuente, y la salsa se pasa por un tamiz para echarla encima.

Chuletas tostadas.—Después de preparadas y aplastadas, se las pondrá en un adobo de aceite con sal, un manojo de perejil, hojas de laurel y una cebolla cortada en ruedas. Al cabo de veinte y cuatro horas se ponen en unas parrillas al fuego vivo, y se les da vuelta para retirarlas cuando estén a punto y servirlas con su propia salsa o con una picante, echando en ella pepinillos encurtidos en vinagre y picados.

Blusa de batista

Chuletas de ternera empapeladas.—Córtense las chuletas bastante delgadas, póngansе sobre papeles cortados al efecto, se sazonan con sal, pimienta, perejil y ajos, bien picado todo, y pedacitos de manteca; se las envuelve en el papel, dejando fuera el hueso, se ponen sobre la parrilla a fuego lento, y se sirven con sus mismos papeles puestos.

Otras chuletas empapeladas.—Cuando las chuletas están bien pasadas, y habiendo además tenido la precaución de elegirlas bien y prepararlas convenientemente antes de asarlas, se las saca de la cacerola para enfriarlas con la mezcla que diremos. Se lavan en gran cantidad de agua setas, perejil, ajetes, trufas, y despues de haberlos puesto en una servilleta para que escurran retorciéndola, se echa todo en una cacerola con manteca, tocino rallado y vino blanco por partes iguales; se sazona con pimienta. laurel, un poco de ajo, nuez moscada rallada, especias, para que la salsa sea de sabor fuerte; se remueve todo con un cucharon, hasta que la salsa quede muy espesa; y por fin se las pone en cajetillas de papel, y en las mismas se sirven.

Chuletas con nabos.—Para que tomen el gusto de nabos es preciso cocerlas con ello; enseguida se preparan otros nabos con la salsa que se quiera, se ponen en un plato, y las chuletas encima.

Chuletas mechadas.—Después de preparadas las chuletas se aplanan con una cuchilla mojada, después se mechan con tocino cortado en tajadas delgadas, y se hacen cocer, de la misma manera que el trozo de ternera mechado y asado, y se sirve con salsas.

© Biblioteca Nacional de España

GRAVE APRIETO

—¡Ay, señorita, cada vez que la pongo las botas me veo negra!

© Biblioteca Nacional de España

Una postulanta notable.—La bellísima y distinguida señorita Carmen Icaza, que en la fiesta de la Flor recaudó mil ochenta pesetas, colocando una margarita al distinguido «sportsman» Manolo Delgado

Su Majestad la Reina doña Victoria acariciando en las cuadras del Hipódromo, a uno de sus caballos favoritos

El matrimonio en China

El número de matrimonios que se celebra en China es considerable, sobre todo en cierta época del año en que abundan los días que se considera propicios, según opinión de los augures.

Los matrimonios, sin embargo, son en China mucho menos fastuosos que los entierros; menos público, menos banderas y músicos figuran en ellos.

Primero desfilan los regalos de boda; piezas de seda, muebles y alhajas recibidas por la novia, todo lo cual se expone a la vista del público, adornado con abundancia de cintas, sobre angarillas. Los portadores de estas recorren los sitios más concurridos de la ciudad y se detienen frecuentemente, para que el pueblo pueda admirar a su placer tales maravillas.

Pero, ¡oh, vanidad humana! Tanta esplendidez no es, generalmente, sino una farsa preparada con el fin de *epatar* a los cándidos. Los magníficos regalos no son en realidad donativos hechos a la novia, sino alquilados por la familia a alguno de los contratistas de festejos, que por una cantidad organizan estos suntuosos desfiles. Esto no ocurre jamás en España. ¿Verdad, lectoras amables? Aquí lo que suele ocurrir es que el novio ponga el nido matrimonial de una manera espléndida....., y que después le presenten al suegro el recibo del primer plazo del alquiler de los muebles.

También puede considerarse como una farsa la alegría que finge el novio al presentarse a recibir a su futura de manos de la familia de esta. Y decimos que su alegria ha de ser fingida, puesto que no conoce a su prometida ni si quiera de vista. En efecto; el matrimonio ha sido concertado y resuelto por los cabezas de ambas familias, sin que a los más directamente interesados se les pregunte siquiera su opinión sobre el asunto.

La novia, cubierta con un gran velo rojo, aguarda a su prometido en la puerta de la casa, y toma asiento en una litera de color púrpura, cuyas cortinas se cierran celosamente. El cortejo, al son de la música, vuelve a emprender la marcha, y el novio dirige el cortejo, disimulando la impaciencia que ha de sentir, mezclada de temor, por el momento en que, ya en su casa, pueda alzar el velo que oculta a la desposada, y cerciorarse, *de visu*, de si le ha tocado en suerte una venus china o un coco, una jovencilla cándida o una solterona vehemente y desesperada. Esta incertidumbre será del gusto de ciertos caracteres aventureros y amigos de emociones fuertes, pero tiene su peligro.

Naturalmente, el novio procuró con tiempo informarse de todas estas circunstancias por medio de tercera persona, pero es fácil comprender que los gustos varian tanto como los individuos, que sobre gustos no hay nada escrito, y que en China el matrimonio es una lotería.

Por supuesto, que en España ocurre lo mismo; en China la novia oculta su rostro con un velo, y aqui oculta su carácter con otro velo... de hipocresia y de disimulo. ¡Mejor están en Pekin!

La distinguida Angelina Vilar en el Hipódromo, durante un descanso

© Biblioteca Nacional de España

DEL MUNDILLO TEATRAL

Saturnino, el ordenanza y colaborador, hacen declaraciones.—De la barquillera, de don Arturo y de su compañía.—Consecuencias del soldado de Nápoles en Apolo.—Joaquín Montero, por un viño a la catedral.—Manolo Velasco, de quincena.—Ramón Peña, o el orgullo de Villarrobledo.—Más cosas de verano.—El ¡O' paradiso!

—¡Salú y patatas!

—¡Saturnino!...

—El ordenanza de REVISTA HISPANICA y distinguido colaborador de usté. ¿Qué pasa en Cádiz?

—Los hay frescos, Saturnino, pero tanto como tú...

—Aclare el socio.

—¿Qué ha sido de tu vida, durante los tres o cuatro últimos números del periódico?

—¡Ya es pregunta! ¡Arrimar el hombro!

—¿Pero si no se te ha visto el pelo por esta redacción!...

—Ah, ¿pero es que únicamente aquí hay tajo, pa eso de emborronar cuartillas?

—Explícate con claridad mediterránea, como dice Arturo Serrano.

—¡Buen pez está!

—¿Quién, Arturo?

—¡El susodicho, si señor!

—¿Sabes algo de la barquillera?

—De la barquillera propiamente, no. De la compañía del Infanta, sí.

—¿Y qué es lo que sabes? ¿La brillantísima excursión que está haciendo en provincias?

—¡Miau!

—¿Cómo... miau?

—¡Que miau, digo ¡Eso de la brillantina es jabón que se da a sí mesmi el propio cosechero.

—No comprendo...

—Que es el propio don Arturo el encargao de escribir de su puño y letra esos sueltos veraniegos de contaduría que suelen aparecer en los periódicos de Madri.

—Permíteme que lo ponga en duda.

—Póngalo. ¿Lo ha puesto ya? Bueno, pues insisto. Esos sueltos son cosa de Serrano.

—¿Los conoces... en el estilo?

—No.

—¿En qué, entonces?

—En que en ninguno de ellos deja de decirse que don Arturo es un empresario rumboso, activo y hasta inteligente.

—¿Y... qué?

—¿Quiere usté que repita lo del miau?...

—Hombre, Saturnino...

—¿Que... exagero? ¡A otra cosa!

—Eso. Te habrás dado estos días una vueltecita por esos teatros, ¿no?

—En los veladores de frente a Apolo estuve la otra tarde.

—¿Y qué dice Vila, después de lamentarse de que esta temporada viene siendo floja?

—¿Para él, o para la compañía?

—Explica también esas palabras.

—Sencillísimo: Floja para los cómicos, principalmente, que cuando el medio-cerrojazo de la catedral, por lo del soldado de Nápoles, o la enfermedá de moda, estuvieron a régimen.

—Habla más claro.

—Que no vieron ni una gorda durante la suspensión de funciones.

—¿Ah, no... cobraron sueldo aquellos días?

—¡Tambien es gana de gastar saliva, Bardomero!

—¡Demonio!

—¡Pues si hubieran tenido sueldo, ¿a qué venía el cerrar hasta que se largase de Madrí el bacilo anónimo?

—¿Anónimo dices?

—¡Claro! ¿Ha dicho algún médico hasta ahora, con la debida clarida, nombre y apellido del microbio en cuestión?

—Del microbio, no. Del descubridor de ese microbio, sí: Pfeiffer.

—¡Camelitos no!

—¿Cómo.. camelitos?

—¡Naturalmente! ¡Si eso parece el título de una opereta pasada por las armas por González del Castillo!

—¡Ojalá la tuviese Chicote!

—¿Y para qué?

—Para empezar temporada en el Cómico.

—No sirve. Va verso el año que viene.

—¿Verso?

—Como usté lo oye. Don Enrique se llena la boca de decir que la opereta no da.

—¡Sobre todo, con la explendidez que en el Cómico las presentan!

—¿Quiere usté decir que Cadenetas puede seguir durmiendo tranquilo?

—¡Exacto!

—Sin embargo, embargo, en Apolo, hay que verlas.

—¡Eso! ¡Hay que ver las operetas de Apolo!

—Por lo mismo don Juan ha recapacitao un poco, y piensa lanzarse otra vez al sainete.

—¿Lo dices por lo del contrato de Montero?

—Cabal.

—¿Y por el medio-contrato de Velasco?

—Contrato entero. Ahora bien, que este es solo hasta final de la presente temporada. Por quince funciones.

—¡Que chistecito se te está escapando, Nino!

—¿Cuálo?

—El de que Velasco va de quincena a la catedral.

—¡Guá, guá, guá! ¡Ladrao! ¡Es peor que los que hace Peña!

—Hombre, a propósito de Ramón: ¿Ha terminado ya de formar?

—¡Como un hombrecito! Piensa quitar la mar de moños en Villarrobledo, dentro de pocos días.

—En...

—Sí. Se propone ser el orgullo de Albacete de Villarrobledo, como vermú de la excursión.

—¿Y dónde va desde allí?

—A veranear a Málaga.

—¡Brrr!...

—¿Quiere usté un abanico?

—Gracias.

—¿Y qué extraño es, después de todo? ¿No están veraneando? en Sevilla dos compañías de verso?

—La de Porredón y la de Catalá-Torner, es verdad.

—Claro es que tanto Torner como Porredón tendrán que dirigir los ensayos metidos en una tina.

—¿Di Lorenzo?

—Acuática permanente.

—Ya que has mentado el verano: ¿Estuviste en la inauguración de El Paraíso?

—¿El de ropas hechas, u el otro?

—El otro.

—Como ambos a dos están en la calle de Alcalá...

—El del capitán Sánchez, quise decir.

—Ah, pues en el del capitán, fué una pequeña piña la primera de abono.

—¿Qué pasó?

—Que no hubo función la noche del debut, y comenzó la temporada con la función del día siguiente del debut...

—Vamos, sí, empezó la temporada por la segunda función.

—¡Ni más ni menos!

—Como decía Fígaro de los bailes, creyéndolo imposible.

—¡Pues velay!

—¿Y hubo gente?

—Cinco pases de los de varias personas, y tres de los de una sola persona, para aburrirse como un hongo.

—¿Poca gente, eh?

—Entre pases, banderillas y puyas, cuarenta y siete espectadores.

—¡Caramba!...

—En vista de todo lo cual, al susodicho Sánchez se le ocurrió una idea, feliz como todas las suyas.

—¿Cual?

—El de que en los entreactos, y dao lo selectísimo del público que honra con su asistencia el solar, se rifen, al módico precio de una perra chica, lotes de judías-bacalao, garbanzos-tocino, arroz-patata y tal cual cuartokilo de gallinejas, pa darle más sustancia al agraciao en la vida.

—¿Ah, pero es una rifa?...

—Con oción a todas esas cosas tan poéticas, en el caso más favorable, sí señor.

—¡Lo que no se le ocurre a Mariano el de la trabilla!...

—¿Y qué dirá a eso de los lotes de cosas de comer el comisario de Abastecimientos?

—El de Abastecimientos, nada.

—¡El otro, el otro comisario es el que les dió el primer disgusto al prohibirles la inauguración... el día en que fué suspendida.

—¿El director de Seguridad?

—Justo.

—¿Y en que fundó su determinación?

—En que antes de preocuparse la Empresa de la rifa de los comestibles a cinco céntimos el décimo, debió haberse percatao de que el escenario hacia ¡chas! por todas partes, al extremo de que casi, casi no podía sostenerse sobre él la Compañía, ¡y eso que la Compañía de El Paraíso pesa bien poquito este año!

—¿Flojilla, quieres decir?

—¡Fulastre, mi distinguido amigo, fulastre!

—Pones excesiva vehemencia en tus acusaciones, Nino. Estoy barruntando que te hace hablar así cierto despecho... ¿Verdad que el de la trabilla te ha negado el pase para esta temporada?

—¡Pa qué decir mentira! ¡Si señor!

—¡Ya decía yo!...

—Y no lo siento, bien lo sabe Dios, por el pase en sí, sino porque en la rifa hubiera probao fortuna a comer caliente este verano.

—¡Otra vez será!

—¡Eso; ¡Y tan y mientras, pondremos el puchero a la funerala! ¡Le digo a usté que hay por ahí cada Sánchez!...

MIGUEL PORTOLÉS.

© Biblioteca Nacional de España

EL CONDOR

Del hombre que en la vida aletea sobre los demás por su constante dominio de la situación, se dice que es un «águila». Yo sé de un hombre que era más que un águila: era un cóndor; tanto que había nacido en el Perú.

Rafael Sánchez, hijo del asturiano Telvo Sánchez y de la canadiense América Goolsson, vino al mundo en Mayoamba y fué el fresco más grande que se ha conocido en los trópicos.

Sin otro patrimonio que su «lindo tipo, no más», como se dice por aquellas tierras, había recorrido medio mundo—Amsterdan—Ohio—Hudson—Barcelona—llevando por todo equipaje una crecida cantidad de audacia, un completo surtido de inteligencia pers-picua y un chaquet impecable.

Le sorprendió el comienzo de la gran guerra en Angulema; quiso trasladarse a España, pero como carecía de recursos metálicos para el viaje, se hizo pasar por anarquista español y las auto ridades francesas le pusieron inmediatamente y gratuitamente en San Sebastián. La perla del Cantábrico le pareció a Rafael Sánchez que no le servía ni para alfiler de corbata. Era preciso llegar a Madrid. ¿Cómo? Nada más fácil. Se declaró el asesino de la Verdier y la policía de San Sebastián ló remitió a Madrid en el primer expreso.

Tres días de arresto mayor le costó por esta vez el «kilométrico»; pero al hacer el cuarto, dadas las cinco y media, se encontró absolutamente dueño de su albedrío, en plena Red de San Luis, con su chaquet impecable—cuyos faldones eran como las alas de aquel condor—su inteligencia, su audacia y su «lindo tipo, no más». *!Go-on!* ¡A vivir!

Inmediatamente puso en prácica un «modus vivendi» que ya había ensayado en Rosario de Santa Fé, con un éxito loco.

Se presentaba en las casas de aspecto burgués.

—Buenas tardes. Soy el perito inspector del contador.

—Pase usted.

Pasaba Rafael Sánchez, todo grave; introducía los dedos repetidas veces en el contador de la luz y le decía a la doncella:

—Dígale a la señora que adelanta una barbaridad y que mañana mismo vendrán a componerlo.

Extendía un recibo de diez reales por el «servicio de inspección», que la señora abonaba en el acto... ¡Y con mucho gusto!

No hubo quien le pusiera un pero al perito.

* * *

Una noche, Rafael Sánchez se consideró perdido; más aun, se consideró muerto.

Al pasar frente a la «terrasse» del Maxim's, un hombre que tomaba un kummel ante una de las mesitas, se alzó de su asiento violentamente y se le quedó mirando como a un fantasma. El cóndor, le miró a su vez un momento y continuó imperturbable su paso de «hombre bien». El bebedor de kummel se lanzó a seguirle.

Rafael Sánchez, esperó un tiro en la nuca. Aquel hombre, que parecía un idolillo de laca con sombrero panamá, era un comerciante de Santo Domingo (Antillas) a quien él había estafado quinientos contos en el Brasil.

Pero el tiro no llegó. Rafael Sanchez, se hizo cargo. La serenidad conque había sabido mirar al antillano le salvaba por el pronto. Aquel hombre dudaba ya que fuese él y naturalmente no se atrevía a cometer un acto salvaje sin cerciorarse de la autencidad de su víctima.

Rafael Sánchez se metió como una bala en el café Suizo. Cuando se dirigía hacia la puerta posterior el idolillo de laca entraba por ella. ¡Hola! El enemigo era, pues, formidable.

Nuestro hombre, disimulando su trayectoria se dejó caer ante una mesa del fondo. El dominicano se situó en otra, algo lejos. Pidió el cóndor un cock-tail de cognac y empezó a planear un vuelo sobre el enemigo. Un vuelo planeado, claro. «Este bestia—se dijo—busca la ocasión de identificarme ¿como—ya que duda—convencerle de que yo no soy yo?»...

En esto, alguien dijo a su lado:

—Mira, Melgarejo, tú no eres tú.

El que lo decía era un muchacho bien vestido, locuaz y vivaz; el llamado Melgarejo era un pobre hombre de aspecto mortecino, que hablaba sin mover las mandibulas como los moribundos.

Ocupaban una mesa que hacía esquina con la de Sánchez, deforma que no veían a éste.

—¿Como que yó no soy yo?

—No, hombre tú eres Pepe Losada.

—¡Anda! ¡Estaría bueno que me hubieses citado aquí creyendoque yo soy Losada!

—¡No seas Bertoldo! Escúchame por tercera vez y a ver si me comprendes ahora. Mira. Pepe Losada ha escrito un libro de toreros en el que dá un jabón superior al «Niño de la Carolina» de quién, como tu sabes, soy apoderao. El «Niño» me ha dicho esta mañana: «Ascucha, tú, yo le quió agraeser a ese Losá la coba; conque a ver si te lo llevas pa er café esta noche, me lo apresentas, que yo no le aconozco y le arrimaré la pastisara que tu digas». Yo le he dicho que 500 pesetas. Dentro de un rato vendrá el «Niño», yo te presento a tí como Losada, tu cobras... y ya arreglaremos cuentas ¿Has caído ya?

—¡Pero Menéndez, por Santo Tomás de Aquino, tú has debido citar a Simó-Raso o a Bonafé, para que te hicieran ese papelito pero no a mí que soy un sentimental, un soñador, un trovero!..

—Mira, déjate de...

Al paño, el mozo:

—Señor Menéndez, que le llaman a usted por teléfono.

Un minuto después, Menéndez volvía del teléfono más vivaz y más locuaz que antes:

—...Del Centro de Reporters... un crimen pasional... Ahí te quedas... ya sabes... En esta mesa se reune la tertulia... No te muevas... Te presentas tú sólo. Dices que yo no tardaré... Vuelo ¡Ah!... no me falles el negocio ¡¡por tu madre!!... Hasta ahora.

Y se marchó zanqueando.

* * *

El pobre Melgarejo, se quedó al pronto entontecido, pero en cuanto Menendez salió del café, tomó el sombrero y escapó por la escalera de los billares.

El «cóndor» alzó el vuelo majestuosamente y fué a posarse en el divan abandonado por el poeta mortecino.

Poco después llegaba el «Niño de La Carolina», con cuatro amigos, tres admiradores, treinta y dos brillantes y un cigarro puro.

Rafael Sánchez, se presentó a él como Pepe Losada; el «Niño» le abrazó, le hizo pedir café, le dió una panetela y le dijo que lo que escribía «era tó mu salao» que el sabía «agradeser a los buenos amigos y demá» y que quería dejarle un »recuerdesillo» suyo.

Sacó un sobre verde y fué a entregárselo...

Menéndez, surgió entre ambos como un aparecido sudoroso.

Rafael Sánchez tomó con la mano derecha el sobre y con el brazo izquierdo estrechó a Menéndez contra su pecho sin dejarle respirar: «¡Amigo de mi alma! ¡Aquí tienes a tu Pepe Losada de de tu corazón! ¡Aprieta hombre, aprieta!...

Y añadió a su oído: «Vamos a medias, caballero».

Menéndez se quedó estupefacto...

Al mismo tiempo, el camarero se acercó al grupo, guardándose dos pesetas y seguido del idolillo de laca.

Sánchez, tembló· Su enemigo se lanzaba pues a asestar el golpe.

—Aquí—dijo el mozo al otro oído de Menéndez—este señor «amigo mío» que desea le haga usted el «osequio» de presentarle a ese caballero del chaquet.

¡Segundo eterno! Menéndez, vacila, se arrebola, mueve los ojos como un náufrago, traga saliva y—¡al fín!—rompe a hablar, tartamudeando:

—Con... con muchísimo gusto (Señalando al antillano) El señor: un amigo (señalando a Sánchez), Pepe Losada, ilustre publicista.—El antillano puso una cara como diciéndose:

—Si le llego a matar ¡menuda plancha!

El «condor» extendió la mano, sonriendo con dignidad.

¡Aguiluchos a él!

FERNANDO LUQUE.

LA PUERTA DEL SOL POR LA NOCHE

AGUAFUERTE ORIGINAL DE D. CECILIO CAMARA

© Biblioteca Nacional de España

Los soldados Manuel Pérez y José Enrique que ganaron la copa del Rey en el Tiro

Señorita Isabel Ortega que ganó el primer premio y título de reina del Tiro y medalla de oro en dicho concurso en el momento de recibir los premios *Fotos. del Río.*

© Biblioteca Nacional de España

De la musa popular

Que feliz podía ser
si llegase a conseguir
que me quisieras tan sólo
como yo te quiero a tí

—

Todas las aguas del río
dicen que van a la mar
el cariño que se pierde
nadie sabe donde va

—

El río vuelve a su cauce
la golondrina a su nido,
pero lo que ya no vuelve,
ilusión que se ha perdido.

—

En vano lucho contigo
y a combatirte me atrevo,
que mi mayor enemigo
en el corazón lo llevo.

—

Madre, yo tuve un amor
y tuve madre un amigo...,
¡Hoy mi amor es mi dolor,
y mi amigo mi enemigo!

—

El cariño, serranilla
es enfermedad muy grave
que se acaba o que se cura,
según los tiempos y el aire

—

Como ciego en un camino
voy por el mundo adelante,
al ciego le guía un perro
y a mi no me guía nadie.

—

Quítate de esa ventana,
cara de sardina frita,
que eres capaz de asustar
a las ánimas benditas.

MINERVA
Bailarina Española

HUERTAS, 10, PRAL.

Ultimos éxitos: Salón Llorens, Sevilla, teatro Eldorado, Barcelona y Valencia, teatro Martí

Ayer tarde salí al campo
a preguntar al romero,
si el mal de amor tiene cura;
y me volví sin saberlo.

—

Llévame, padre del alma
que no puedo sufrir más;
ando buscando la muerte
y no me quiere llevar.

—

Eres más linda que el sol
más blanca que una azucena,
son tus labios de coral,
y son tus dientes de perlas.

—

A un santo Cristo de acero
mis penas le conté yo;
¡cómo serían mis penas
que el santo Cristo lloró!

—

El árbol de la esperanza
sólo da frutos amargos,
sus hojas son ilusiones,
sus flores son desengaños.

—

Debajo de tu ventana,
me dió el sueño y me dormí,
me despertaste cantando
y entonces te bendecí.

—

Tienes el andar de pava,
y el meneo de perdiz,
y ojitos de enganchadora,
no me engancharás a mí.

—

Aunque te pongas el uno,
aunque te pongas el diez,
la nieta del tío Legañas
nunca dejarás de ser.

—

No te vengas con adornos
que al fin y al cabo serás
entre todas las mujeres,
una como las demás.

GITANA

Dibujo de D. Cecilio Cámara, premiado en la R. A. de San Fernando

El pintor valisoletano D. Joaquín Roca, que ha obtenido medalla de honor en la A. de B. A. de San Fernando de esta corte.

Fotos Galindo

© Biblioteca Nacional de España

AMULETO

Aguafuerte de D. Pedro Pascual

© Biblioteca Nacional de España

El misterio de un alma

(CONTINUACIÓN)

Con suavidad, como un río de imponente caudal corre hacía el mar, corría la fortuna de Alberto hacía el profundo abismo de su ruina. Las cuentas enormes, las peticiones de dinero eran constantes, cada día más cuantiosas, y toda idea de protesta, si acaso germinó alguna vez en la mente de Alberto, murió ahogada entre los brazos de su amante. Después vinieron otros caprichos más grandes. Aquella casa en que ella vivía estaba en venta; el nuevo propietario la arrojaría tal vez de aquel piso tan querido para ella, amueblado, alhajado con tanto amor, aquello sería para ella causa de una enfermedad, de seguro. Además, allí, en aquel gabinete, había nacido su mutua pasión, que estaba ligada a aquellas paredes por fuertes lazos espirituales. En aquel marco, su amor le parecía a Rosa siempre nuevo, siempre renaciente.... ¡qué pena tener que alejarse de todo aquello!

—¡Ah!, —suspiraba ella; si fuera mía esta casa, había de hacer entre estas cuatro paredes un eterno santuario para nuestro inmarcesible amor!

Pocos días después, Alberto llevaba a Rosa los títulos de propiedad de la finca.

Aquella misma noche, en un palco de Apolo, mientras Alberto fumaba en el pasillo, Rosa preguntó a Gómez Narro.

—¿Está V. contento de mí?

—¡Cómo no estarlo, señora... propietaria!

Rosa dejó caer su abanico al suelo; Gómez Narro inclinose para cogerlo, instante que bastó para recobrar su propio dominio a Rosa, que había sentido subirle al rostro una vaharada abrasadora. Al devolverla el abanico, Gómez Narro estrechó la fina mano de ella y la mantuvo así sin que Rosa intentara libertarla.

—¿Piensas todavía que ese hombre se merece una mujer como tú?—preguntóla él con acento apasionado.

Rosa no respondió; con un mohín picaresco, lleno de coquetería, miraba fijamente a su abanico, cuyo resonante varillaje abría y cerraba con rapidez.

—Dentro de poco, —continuó él—, Alberto no podrá mantenerte; sabes que te amo, y el amor después de la venganza ha de ser un placer de los dioses. ¿Nada me contestas?

—¿No es una respuesta mi obediencia? repuso Rosa lanzándole una mirada enloquecedora. Mi obra está casi completa; y entonces..,

—¡Rosa!—ella retiró su rostro, al sentir próximo el aliento de Gómez Narro.

—¡Jamás!, ¿lo oye V. bien? Jamás seré la amante de un hombre que tenga sobre mí otro dominio que el de los sentidos.

—Yo seré tu esclavo, Rosa.

—¿Y esos retratos, esas cartas?

—El día en que Alberto quede arruinado, te devolveré todo eso.

El ris-ras del abanico se hizo más vivo, y el expresivo adminículo se escapó de la mano de Rosa y volvió a caerse al suelo. Mientras Pepe se inclinaba de nuevo para recogerlo, abrióse la puerta y entró en el palco Alberto.

IX

Una tarde llegó Alberto a casa de Gómez Narro; entró en el despacho donde éste se hallaba escribiendo y se dejó caer en una de las amplias butacas de cuero avellana. Pepe alzó la cabeza para mirar a Alberto; vió su rostro pálido, sus ojos brillantes de fiebre en medio de dos cercos lívidos; miráronse fijamente, en silencio, los dos hombres, y luego el médico hundió la cara entre sus palmas abrasadoras.

Levantóse Gómez Narro y fué a colocarse a espaldas de su amigo, apoyando una mano en uno de sus hombros. Al inclinar su cabeza para ver de perfil la cara de Alberto, un rictus maligno, de rencor satisfecho y de soberbia, contraía las comisuras de su boca.

— Animo, Alberto, —dijo, disimulando sus impresiones con esfuerzo.—¿Qué te sucede? — Y sentóse frente a él.—¿Es grave?

— ¡Muy grave! — repuso Alberto.—Si no lo fuera, ni estaría yo aquí, ni me verías como me ves. Hace ya varios días que busco ansioso una salida a mi situación; al cabo sólo he visto una; tu amistad.

—Habla, explícate; tu amigo soy, bien lo sabes; en lo que yo pueda...

—Me pasa...; ¿tú sabes lo que es rodar pendiente abajo? Al principio parece que nos podremos detener cuando el juego se haga peligroso; pero luego....., luego es la pendiente la que manda, la que nos domina. Amigo mío; estoy arruinado.

—¿Rosa?...

—Sí; Rosa: no quiero ni explicarte ni disculparme.

Tengo una esperanza. Rosa es buena; Rosa me ama; si sabe lo que me sucede, si comprende que es la causa inconsciente de mi ruina, la creo capaz de todos los sacrificios, de renunciar a todo; entre ella y tú podéis salvarme: De tu ayuda estoy seguro.

—Cierto que intervendré; no lo dudes, Alberto.

—Lo que tengo que decirte ahora es que no me siento capaz de explicar a Rosa la situación, de decirle yo mismo; renuncia a tu lujo, a tus comodidades, a todo lo que te rodea..... ¡No me atrevería!

—¿Y quieres que yo sea quien hable con Rosa.

Alberto asintió con la cabeza. Una enigmática sonrisa vagó por el rostro de Gómez Narro; permaneció este silencioso durante un rato, como absorto en sus reflexiones, mientras jugaba maquinalmente con un acerado cortaplumas, que pudiera servir de puñal. Al fin miró a Alberto y le dijo.

© Biblioteca Nacional de España

—Iré a ver a Rosa; hablaré con ella; ve a su casa esta noche a las nueve; espero que todo saldrá como yo lo deseo.

Alberto, equivocando el sentido de esta última frase, estrechó silencioso las manos de su falso amigo, y saliendo de la casa, comenzó a vagar rápidamente por las calles, sin rumbo fijo. Su cerebro era un torbellino de febril y desordenada actividad.

X

Gómez Narro y Rosa estaban juntos, sentados en un pequeño diván en el gabinete de ella; él casi la abrazaba el talle con su brazo derecho, sin hallar ni resistencia ni protesta. Algo pálida estaba, acaso por la emoción, pero su rostro era todo él una sonrisa para Gómez Narro.

Este, dominado por la expresión de aquel rostro, de aquellos ojos, de aquella linda boca que tantas veces le persiguiera en sueños y que había sido durante años enteros el deseo ardiente de su pasión carnal hacía aquella mujer, que fuera fácil para otros e imposible para él, y ahora más deseable por su nueva castidad. Dominado, repetimos, en absoluto, contaba a Rosa la visita de su amigo, y la miseria, la abyección y la debilidad de Alberto ponían en los labios de Rosa, una sonrisa despreciativa.

—Esta noche, — dijo él, — cenaremos juntos los tres; será el festín del sacrificio; quiero reservarme el placer último de probar a Alberto que me amas:¿ no es cierto que me amas, Rosa mía?

Y estrechándola contra su pecho, acercó sus labios a los de ella, lentamente, sin que Rosa perdiese un instante su amorosa sonrisa, ni desviara su rostro; uniéronse las dos bocas en un largo beso que enloqueció al enamorado.

—¿Sabes una cosa?— le dijo ella acariciándole el cabello — Pues hijo; que como nos has arruinado hace días, no podré preparar una cena como se merecen las circunstancias. ¿No es nuestra comida de bodas?— añadió estrechándose, refugiándose sobre el pecho de Gómez Narro.

Con suavidad felina el sacó la cartera del bolsillo interior de la americana y la abrió: sus ojos se iluminaron con un fugitivo relámpago; allí estaba el paquetito que contenía sus cartas y sus retratos.

Lo cogió, miróle por uno y otro lado y lo puso sobre el diván, entre ambos; luego, de otro departamento sacó un billete de cien pesetas, que se guardó en el pecho: enseguida, sonriente, bajo la mirada inquisitiva y atenta de Pepe, presto a intervenir, según lo que ella hiciese, Rosa levantó con dos dedos el paquetito, lo volvió a colocar en su sitio, en la cartera, cerró ésta e hizo ademán de dejarla en el bolsillo de donde la había sacado. Gomez Narro, vencido, o por mejor decir, convencido, volvió a sacar el paquetito, y lo ofreció a la joven. que no alargó la mano para recibirlo: entonces él, con gesto decidido, arrojó el pequeño legajo al hogar de la chimenea; en la semioscuridad de la tarde una llamarada roja reflejose en los ojos de Rosa dándoles por un instante un expresión sobrenatural.

XI

El comedor de Rosa era una verdadera monería, una especie de estuche forrado de sedas claras: los «rosa viejo» pálidos, los amarillos desvanecidos y el oro claro, componían admirablemente con las ricas maderas de los muebles. La mesa, ligeramente ovalada, estaba cubierta por un largo mantel orillado con pesados encajes, y la cristalería. nítida y delgada como las pompas de jabón, contribuía a la delicadeza del conjunto. La única luz encendida en el comedor era una gran lámpara portatil, de pié plateado, macizo y cubierto de preciosos relives, colocado en el centro de la mesa: una enorme pantalla de tela oscura, forrada de blanca seda, enfocaba hacia la mesa todo el chorro luminoso.

Rosa, Gómez Narro y Alberto, estaban tomando el café, después de una opípara cena, a la cual Alberto hizo escasos honores. Estaba intranquilo: retrasó el momento de llegar a casa de Rosa, pues temía encontrarse a solas con ella, y sin embargo causóle gran contrariedad hallar juntos en el gabinete de la joven a esta y a Gómez Narro. Después de algunas frases indiferentes de salutación, sostuvo Alberto con gran esfuerzo mental su escasa intervención en la charla. Su imaginación estaba en otra parte, concentraba todos sus recursos de imaginación en la estéril tarea de leer en la cara de su amigo y de su amante el resultado de la misión que confiara a Gómez Narro. A su llegada, estrechó con fuerza significativamente la mano del amigo, pero la diestra de este no respondió a aquella presión, y así, aquella muda apelación telegráfica quedó sin respuesta. Rosa estaba como siempre; natural, amable... e impenetrable.

Al fin se levantaron, previo anuncio de hallarse servida la señora. Gómez Narro ofreció su brazo a Rosa para conducirla hasta el comedor, defraudando así la última esperanza de Alberto de cambiar en el pasillo dos palabras furtivas con su enviado que le sacaran de su horrible intranquilidad.

. . . . . .

—Hablemos de negocios;—dijo al cabo Gómez Narro apartando de sí la tacita de plata en que acababa de tomar el café, y lanzando al aire con satisfacción una bocanada de humo de su habano. Alberto se puso pálido, y Rosa empezó a hacer un ejército de bolitas de pan, que iba formando en fila, como un ejército aguerrido.

—La vida, amigo Alberto, es una serie de sorpresas. ¿Ves de qué modo Rosa convierte esa masa amorfa, bendición de la humanidad, en soldados que se dejan formar en rebaño disciplinado, y que a su deseo se transforman en monstruos sedientos de sangre? Ello es un símbolo: la mujer domina el mundo y maneja a su sabor los hombres, las fortunas y los sentimientos; ella siembra y reparte a su antojo la felicidad y el dolor. Como todo triunfador poderoso, es egoista; y como todo ser superior, desprecia y escarnece al vencido; el fuerte la atrae y la encadena. «Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere».

—Todo esto—continuó diciendo—nos lleva a la consecuencia de que es absurdo oponerse a las variaciones femeninas, como absurdo sería exigir a la Naturaleza que, por que hoy el cielo estuvo despejado, mañana ha de lucir necesariamente el Sol, so pena de acusarla de inconstancia de inconsecuencia. Además he de añadir que en tantos siglos y apesar de tanto sabio cerebro dedicado a la tarea, la Naturaleza no ha rendido jamás el secreto de sus cambios variaciones, que llegan imprevistos, y poderosos e irremediables. Así es también la mujer. ¿Dije bién, Rosa?

—Muy bien—contestó ella;—ha hablado V. como un libro.

En su voz se notaba un recóndito acento de ironía.

—Ha hablado V. como un libro;—repitió;—es un don ver-

© Biblioteca Nacional de España

daderamente excepcional en un hombre esa penetración instintiva, que llega al fondo del alma femenina y desentraña la complicada psicología de la mujer. Acertó V., Gómez Narro; somos las mujeres maestras en el disimulo, y yo—dijo volviéndose hacia Alberto—soy como todas. Y por si alguien lo duda, voy a dar de ello una prueba terminante. Alberto; en presencia de tu amigo he de decirte que te he llevado a la ruina voluntaria y deliberadamente; no por despreocupación de las consecuencios, no por amor al lujo y al despilfarro, no para demostrar mi absoluto poder sobre tí, sino por que desde cierto día en que descubrí motivos suficientes para hacerlo, me propuse desposeerte de todo cuanto tenías. Así se lo prometí a Gómez Narro y así lo he realizado ¿Es cierto?

Gómez Narro, que había ido a sentarse en un diván adosado a un ángulo de la habitación, lejos de la luz de la lámpara, hizo un ademán afirmativo. En la penumbra, sólo brillaba la luz de su cigarro, y su ojos ardían con la luz del triunfo.

Alberto, al oir las frases de Rosa, quedó abrumado. Aquella nueva pesadumbre, la mayor, la más inesperada de todas, se abatía sobre su espíritu ya quebrantado, dejándole inerme, como hundido en invencible sopor. Su última esperanza, la fé que tenía en el amor de Rosa, se hundía sobre su alma en aquella gran catástrofe de su existencia. Rosa siguió tras una pausa.

—Pero ese caudal que te he quitado, Alberto, no lo lancé al viento locamente, no lo dispersé como necia, sino que lo fuí atesorando como prudente.

Levantóse rapidamente, y de uno de los muebles del comedor sacó una arquilla de hierro, que puso sobre la mesa del comedor. Abrió la cerradura y lentamente levantó la tapa.

Los dos hombres pusiéronse en pié y rodearon la mesa, inclinándose para mirar el interior del cofrecillo, obedeciendo al ademán de Rosa. El cofrecillo estaba lleno. A puñados sacó de él Rosa su contenido; billetes del Banco, títulos de propiedad, alhajas...; ¡toda la fortuna derrochada, entregada por Alberto, estaba allí, a su vista, desparramada sobre el nítido mantel.

—Ese caudal,—dijo Rosa con voz emocionada,—érame necesario, indispensable, para mi futura felicidad, para hacer duradero, sólido, eterno mi amor. Porque amo a un hombre,—repuso volviéndose hácia Gomez Narro—Amo a un hombre y le amaré siempre... ¡siempre!

Gómez Narro enlazó la cintura de la joven y fué a besarla; pero ella, con enérgico ademán, le apartó de sí, y contuvo al mismo tiempo a Alberto, que parecía dispuesto a intervenir.

—Cálmate, Alberto; ese hombre a quien amo, a quien amaré siempre, eres tú, tú, Alberto. Te he hecho sufrir; perdóname; era necesario para salvar nuestro amor y tu fortuna; por que todo esto, es tuyo. He sido, no tu perdición, tu ruina, sino tu caja de ahorros.

Gomez Narro, conteniendo un rugido, estallando de ira al verse burlado por aquella mujer, dijo como si escupiera la frase:

—¿Y las cien pesetas que cogiste de mi cartera, amante fiel?

—Ahí van doscientas—y le echó despreciativa dos billetes.—Así se paga al usurero.

Gómez Narro, lívido de ira, se abalanzó hácia la puerta, y desde ella volvióse y dijo amenazante.

—Peligroso es desafiar al león.

—¡Bah!—dijo ella;—le arranqué colmillos y garras. Y añadió riendo mientras sujetaba a Alberto, y dirigiéndose a este —No es león, es zorro astuto, y combatiendo con la astucia, una mujer es invencible.

. . . . . .

Momentos después, juntos en el diván, en la penumbra, tras silenciosо abrazo, Rosa decía a Alberto.

—«Niño y mujer varios modos
hallan en su suerte extraña;
aquella a todos engaña,
y al niño le engañan todos».

¿No sois algo niños todos los hombres? ¿No os engañé a los dos? Pero esto, Alberto mío, esto es verdad.

Y le besó apretada, largamente en los labios.

FERNANDO PONTES.

REVERIE

Se ha dormido mi vida en un sueño de oro
bajo el influjo mago de una absurda quimera;
se ha vertido en mi alma el inmenso tesoro
de luz y de emociones de la azul Primavera...

Bajo el influjo mago de una absurda quimera,
mi divino letargo es intenso y profundo...
En su quietud solemne, nada quiere ni espera
mi espíritu, evadido de la cárcel del mundo...

Se ha vertido en mi alma el inmenso tesoro
de todos los ensueños serenos y lejanos...
Ha muerto en mi—por siempre—el hastío incoloro
que atormenta constante a los demás humanos...
¡Se ha dormido mi vida en un sueño de oro!...

CÉSAR A. COMET.

POESÍA REGIONAL

Cantares populares gallegos

Unha vela se consome
cando a deixan arder
o mesmo lle pasa a un home
cando quer a unha muller.

—

O cariño que che teño
e mais o que ch'hei de ter
cabe n-a folla d'o olmo
e mais no-u-a ha de encher.

—

Olvidart'a tí por outro
eso non e pr'o meu peito;
olvidar outro por tí
¡eso xa ch'o teño feito!

—

Cigarro qui che s'apague
no-no volvas a encender
amores qu'has olvidado
no-nos volvas a querer.

—

O corazón d'as rapazas
eche campana d'igrexa:
unhas vece-, toca a morto
outras, repica n-as festas.

—

Non te ca-es sín mirarlo
rapace- haiche ben d'eles,
todiños valen ben pouco
¡sonche mellor as mulleres!

—

Tés ûs olliños u-a cara
ûs ollos mi churru-gueiros
gárd'os para miu rapaza
que somos os dous solteiros.

—

Por querer ûnha déixéi
outra que me estaba amando
o que fixen no-no sci
agora me está pesando

—

Pedínche un bico e chorache
che din dous e sonreíche
e os demais que che din
foi porque tí ni os pediche

—

Meu pai era sancristán
facía moitas diabluras
mollaba o pan n-o aceite
deixaba o Cristo as escuras

—

Cando saliu d'o meu fogar
meu curazón deixei alí
cando volviu non lo atopei
por eso choro triste de miu.

Choro un amor desventurado
qu'unha muller me lo xurou
por eso o peito teño queimado
e pouco a pouco morrendo voy.

Fuxe d'aquí fuxe muller
non mais de tí m'acordarei
por esos olllos qu'en adoraba
por miña vida ch'olvidarei.

© Biblioteca Nacional de España

CORRESPONDENCIA PARTÍCULAR

Sr. D. Arturo G. L.—Zaragoza.—Su cuento no encaja en las condiciones del periódico, ni por su forma, ni por su asunto. Envíe algo más apropiado para todas edades y sexos.

—

Sr. D. A. Requena.—Recibidas carta y tarjeta; como ni en una ni en otra consta la población en donde V. habita, no es posible contestarle privadamente. De todos modos, sin ver sus trabajos no podríamos responder concretamente a su consulta. *En principio,* no pagamos más que los originales solicitados por esta dirección.

—

Sr. D. L. Antonio de V.—Bilbao.—Su cuento me parece inferior al primero. La forma de prosa *casi métrica y casi rimada* quita soltura al lenguaje, y el asunto es pequeño y poco interesante. El asunto es el alma de un cuento.

—

Sr. D. José R. C.—Madrid.—Sin ver sus trabajos, no es posible responder concretamente a sus preguntas. No necesitamos cronista, ni críticos teatrales ni literarios. Los cuentos siempre tienen cabida en nuestra Revista, si *encajan* en ella; pero hemos de advertirle que no pagamos más que los originales solicitados.

—

Doña C. Hernández de R.—Valladolid.—Se publicará su cuento.

—

Sr. D. P. C. M.—Madrid.—La forma misteriosa de su carta no es de nuestro agrado. Aquí preferimos las cosas claras y el chocolate... de ninguna manera. En todo caso, no sería V. quien tendría que encargar los dibujos, sino nosotros.

PILDORAS SALUDABLES

50 céntimos caja — DE MUÑOZ — LAXANTES PURGANTES — EN TODAS LAS FARMACIAS — **20** dosis

OBRAS Y REVISTAS

Hemos recibido el núm. 60 de «LA MEDICINA SOCIAL ESPAÑOLA», cuyo interesante sumario damos á continuación:

SECCION POPULAR.—*De palpitante actualidad: ¿Hay relación entre la epidemia actual y otra análoga de los animales domésticos?*, por D. Tiburcio Alarcón.—*El problema de las casas baratas*, por el Dr. D. Luis del Río y Lara.—*De la Ley de Accidentes del Trabajo y de las dificultades que en España existen para su aplicación*, por el Dr. Decref.—*Empadronamiento de viviendas*, por el Dr. J. Alonso Marcos.

Información extranjera.—*Sobre el valor terapéutico de los Sanatorios*, por el Dr. Albasanz.

Información nacional.—*Sociedad Española de Higiene*, por *.—*Resumen estadístico de Instituciones antituberculosas oficiales de España*, por Siles.—*Divulgaciones de Medicina social: La desratización*, por el Dr. Castelo Gómez.

De la mujer para la mujer.—*La vivienda del pobre*, por la Profesora Señorita A-piazu.

SECCION TECNICA.—Más de información extranjera.—*La disentería en Colonia.—Enfermedades intestinales del verano de 1917 en Berlín*, por el Dr. Arredondo.

Bibliografía.—*Los ideales en psicoterapia, del Dr. Fernández Sanz*, por el Dr. José Salas Vaca.

De Legislación sanitaria.—*Real orden aprobando las oposiciones para Directores en las Estaciones Sanitarias de los Puertos que se citan convocadas en 30 de Septiembre de 1917.*

VARIO.—*La Medicina entre los mahometanos en la provincia de Cotabato (Filipinas), de Liborio Gómez*, por el Dr. Julio Toledo.

Sueltos y noticias de interés.—Concurso desierto y premio bien empleado.—Feminismo en acción.

DEBE USTED APRENDER IDIOMAS

La Escuela Berlitz

LOS ENSEÑA BIEN Y EN POCO TIEMPO

Fundada en 1878 — Arenal, 24, Madrid — 350 escuelas en el mundo.

TELÉFONO 1428 — TRADUCCIONES

Después de la guerra empezará la lucha económica

Gran establecimiento balneario de Zaldivar

(VIZCAYA)

Aguas cloruradas-sódicas-sulfurosas. De maravillosos resultados para el HERPETISMO, ESCROFULISMO, REUMATISMO, ESTREÑIMIENTO CRONICO, etc., etc.

Lugar de veraneo de los mayores atractivos, situado a una hora de Bilbao y dos de San Sebastián, con estación de ferrocarril.

Gran Hotel, dirigido por el Sr. Gemelli, del Palace Hotel de Madrid:

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (Stomalix)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO E INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, a veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30.—MADRID desde donde se remiten folletos a quien los pida.

MUSIC-HALL

PALACE HOTEL

EL LOCAL MAS HIGIENICO DE ESPAÑA

EL «MUSIC-HALL» DE LAS SEÑORAS

TODAS LAS TARDES, DE SEIS A OCHO

Conciertos selectos

EN LA TERRAZA

por la notable orquesta de la Brasserie

HELVETIA

Objetos para regalos

Plata Helvetia.---Joyería fina

Relojería de Precisión

Modelos de Novedad

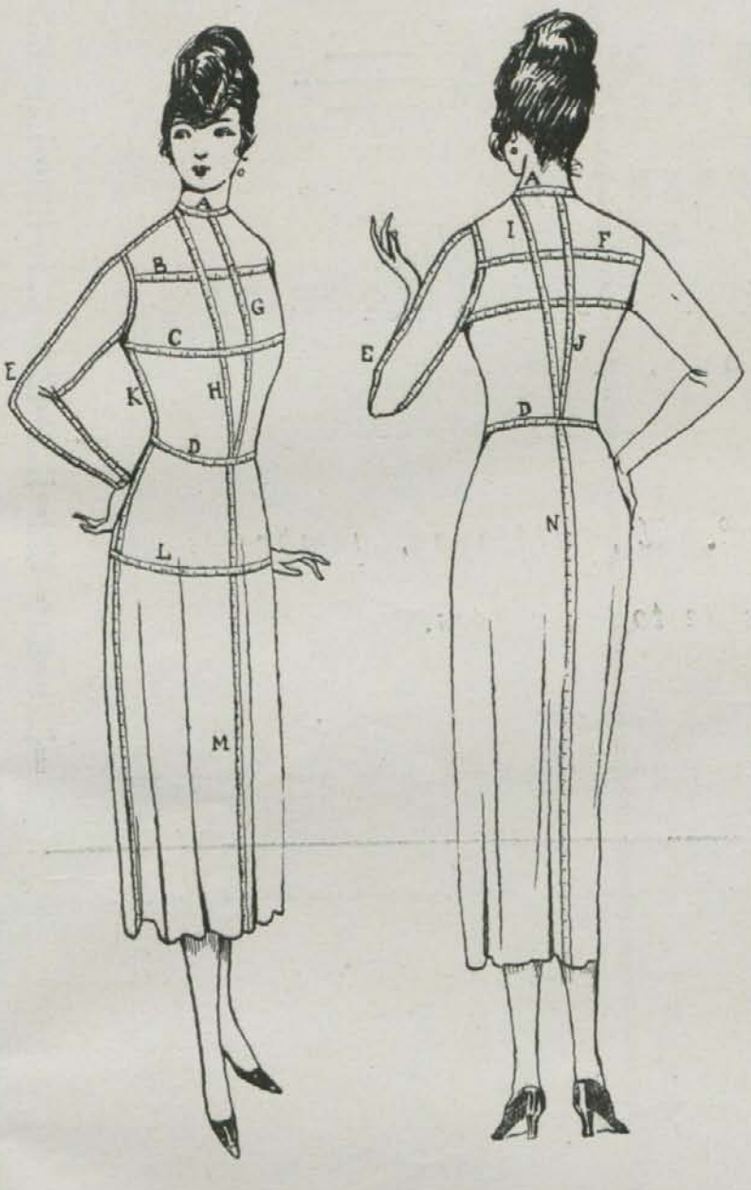
GRAN VÍA. 16

Conservas Trevijano

Preferidas a todas las marcas

© Biblioteca Nacional de España

Medidas que es necesario tomar para el corte de patrones.



Toda subscriptora, para hacer encargo de patrones a la medida de modelos publicados por esta Revista u otra, es preciso que remita las medidas que detallamos, por centímetros y con sujeción al adjunto modelo:

A.—Cuello.
B.—Ancho de delante de hombro a hombro.
C.—Ancho total del cuerpo por el pecho.
D.—Cintura total.
E.—Largo de manga, doblando el brazo.
F.—Ancho de espalda por los hombros.
G.—Largo de delante de cuello a cintura.
H.—Largo de delante desde el cuello-hombro a la cintura.
I.—Largo desde el cuello-hombro por la espalda hasta la cintura.
J.—Largo de espalda de cuello a cintura.
K.—Largo bajo el sobaco a la cintura.
L.—Ancho total a la altura de las caderas.
M.—Largo desde la cintura al pie.
N.—Largo total desde la cintura al pie por la espalda.

Precios de nuestros patrones a la medida, para señora.

	Ptas.
Abrigo corriente	2,25
Idem largo	2,50
Traje sastre	4,00
Faldas	2,00
Cuerpos	2,00
Pantalones	1,50
Camisas de noche	2,00
Idem de día	1,50
Batas	2,50

Todo los pagos deben acompañar al encargo de los patrones, y los de provincias por GIRO POSTAL o SOBRE MONEDERO exclusivamente.

HISPANICA, Cardenal Cisneros 47, Teléf. J. 923. Madrid.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Anuncios telegráficos: 1 a 15 palabras, 2 pesetas; cada palabra más, 10 céntimos. — Se admiten en las Agencias de publicidad, en la Administración de *Revista Hispánica*, Cardenal Cisneros, 47, y en la Casa «Viuda de Pontes», Carmen, 6 y 8.

Las abreviaturas y cada cinco cifras se contarán como una palabra.

Por impuesto del Timbre para la Hacienda, cada anuncio deberá pagar además de su precio, 10 céntimos de peseta por cada inserción.

AGENCIAS

La Prensa. Agencia de Anuncios de Rafael Barrios. Carmen, 18.

Colocaciones facilita Centro Católico, Jacometrezo, 62; 4.325 colocados. Teléfono 65-78

AUTOMÓVILES

Bolsa del Automóvil. Apertura primero Abril. Admitimos automóviles para venta. Pedid Reglamento. Roca, Núñez Balboa.

Automóviles, motocicletas, camiones de todas marcas, plazos cargando 6 por 100 anual, Crédito Español de Automovilismo, Gran Vía, 24, teléfono 12-15 M.

ÓPTICA

Para lentes y gafas. Objetos de óptica. Carretas, 14, casa teatro Romea. Especialidad en composturas.

FILATELIA

Sellos españoles pago los más altos precios con preferencia de 1850 a 1870. Cruz, 1, Madrid.

VENTA

BRILLO SOL

Acuchillado y encerado de pisos, Xiquena, 3; Hortaleza, 54.

Avicultores. Incubadoras automáticas para gas o petróleo. Catálogo ilustrado gratis. Granja Melina. Nápoles. 101, Barcelona.

© Biblioteca Nacional de España

HISPÁNICA

(IMPRENTA)

CARDENAL CISNEROS 47. MADRID

TELÉFONO, J. 923

Se hacen tarjetas, B. L. M., catálogos, membretes e impresos de todas clases.

VENTAS A PLAZOS

Con precios de contado y descuento mensual insignificante vendemos los discos y aparatos ODEON.

Solicite usted el nuevo catálogo de los discos de "La canción del olvido", "La canción del soldado" y canciones por las Srtas. Isaura, Meller, etc.

Agencia Odeón

1, PRECIADOS, 1

© Biblioteca Nacional de España